

La corona de la Reina

Monique Celorio

MONIQUE CELORIO



LA  
CORONA  
DE LA  
REINA

 LOS  
HEREDEROS  
LIBRO 1

## Capítulo 1

Veo a la Reina entrar al salón principal y el sonido de sus tacones chocando contra el suelo me regresan a la realidad, me recuerdan que estoy en medio de una de las fiestas más importantes del año. Hoy es la firma del tratado de paz de la Unión Galea, un día donde Frecia le dice a todos que seguimos siendo un imperio fuerte y poderoso.

Cada año se celebra ésta reunión para no olvidar los lazos que nos unen tras la batalla que hace más de diez años nos hizo perder a cientos de hombres. La sangre derramada por todos nuestros países nos dejó una imagen en la mente que no queremos volver a vivir jamás.

La reina Isabel –mi madre– se detiene justo en el medio del escenario que Sebastian y los guardias intentaron construir, detiene la música y voltea hacia los invitados. Junto a la sonrisa que siempre la acompaña, comienza a disculparse por el retraso que está presentando el Rey –mi padre–.

La agenda es siempre la misma, todos los años se celebra una fiesta en cada país de Galea, mas la renovación del tratado es cada tres, los gobernantes de cada Reino deben volver a firmar y aceptar cada punto que se dictamina en el papel. El primero y más importante, Frecia es el país a cargo de los nueve reinos que abarcan la Nación, teniendo por debajo a Irmasol y Leyda, reinos segundos al mando. Aunque en realidad Irmasol siempre ha sido muy independiente, la mayoría de las veces su Rey le deja las decisiones importantes a mi padre.

Otro punto característico al firmar el tratado es que si al llegar la renovación del tratado, el Rey de algún país decide desistir y no firmar, éste reino no contará más con el apoyo de ningún otro y, por ende, si llegara a haber otra guerra, tendría que arreglárselas por su cuenta.

Después de uno que otro mal chiste, la música regresa y madre empieza a caminar hacia mí, cuando llega hace lo de siempre: acomodar mi tiara.

–Si dejaras de acomodarla tanto, tal vez se mantendría en su lugar, madre –le aconsejo.

–Si no la "compusieras" cada que me doy la vuelta, tal vez no tendría que arreglarla siempre que te veo –asegura.

Suelto una risilla y ella la corresponde.

Madre es tan bella que no puedo evitar sonreír siempre que está cerca mío, es como si el sol de mi día no saliera hasta que la veo.

–¿Dónde está padre?

–No te preocupes, cariño, aparecerá en cualquier minuto –me guiña el ojo.

Rodea mi brazo y comenzamos a caminar por el salón. Si tuviera que elegir mi parte menos favorita de ser princesa sería probablemente ésta, tener que saludar a desconocidos como si fueran mis amigos, a reyes y reinas como si fueran mi familia y a chicos como si creyeran que pueden ser mis pretendientes.

A la mayoría de los invitados los he visto una vez en mi vida, todos los

tipos de realeza vienen en una noche como ésta; reyes, príncipes, condes, consejeros, representantes de la iglesia y gente con tanto dinero, que pueden permitirse comprar todas las tiaras que quieran.

Obtener un título real es algo difícil, puedes estar tan podrido en oro como algunas personas aquí, pero si hay algo que nuestra nación respeta, es el valor de la sangre, como mi padre siempre dice: ni con todo el oro del mundo puedes fingir ser algo que no naciste siendo.

Madre y yo saludamos a un par de invitados y platicamos con algunos otros, bueno, mas bien ella habla, yo me limito a forzar una sonrisa y besar en ambas mejillas a los chicos. Cada que puedo trato de reacomodar mi vestido, siempre son tan apretados que comienzo a arrepentirme por todos los postres que comí mientras esperaba a madre, debería haber usado uno más ancho de la cintura, pero éste color verde siempre le ha combinado bien al miel de mis ojos y al café de mi cabello.

Las zapatillas comienzan a molestarme a los pocos minutos de haber comenzado, no es que no esté acostumbrada a ellas, Margaret me hace usarlas todo el tiempo, pero ésta mañana he tenido entrenamiento con mi padre y creo que me he torcido un poco el tobillo.

Le suplico a madre tomar un breve descanso, pero ella insiste en hacer una última parada.

Después de seis besos y cuatro reverencias, por fin nos detenemos, afortunadamente llegamos a la mesa del rey Hugo y la reina Elena, ambas majestades del reino de Leyda, nuestro segundo al mando.

El Rey Hugo es una de las pocas personas con las que no me disgusta pasar el rato, al igual que con su esposa, es de las mujeres más hermosas que he conocido en mi vida. No es que conozca a mucha gente en realidad ni siquiera conozco mucho mi propia nación, a los herederos no se nos permite viajar tanto ni tan lejos y menos a ésta edad, puede ser terriblemente peligroso; aún hay pequeños grupos de rebeldes integrados por gente en desacuerdo con el tratado, personas que no dudarían ni un segundo en secuestrar a un heredero, o peor aún, matarlo.

–Reina Isabel, tanto la noche a como usted, ambas lucen impecables –dice el rey Hugo y besa la mano de mi madre.

Yo me limito a hacer una corta reverencia y a regalarles la primera sonrisa honesta de mi noche.

Mientras platican con mi madre no puedo dejar de pensar en la increíble combinación que hacen estas dos personas, el rey Hugo es indiscutiblemente guapo, pero ni así logra opacar la belleza de su esposa, las malas lenguas del castillo ya me han mencionado varias veces que su hijo, el príncipe Felipe, heredó lo mejor de ambas partes; la altura y el cuerpo de su padre, pero la nobleza y los ojos de su madre.

–Dime, Hugo, ¿cómo está Felipe? –pregunta madre.

–Sano y salvo –responde enseguida la reina Elena con un sabor amargo en sus palabras.

Traer a su único hijo a una conversación con los reyes de Leyda nunca es una buena idea, el príncipe Felipe ha vivido desde sus seis años en el Reino de Irmasol, a un océano de distancia de sus padres. Leyda siempre ha sido el país en sufrir más ataques de toda la Nación, su castillo se

encuentra justo al borde de las tierras que se ha adueñado la sociedad roja –el grupo de rebeldes más fuerte de toda Galea–. Por lo que decidieron que era el lugar menos apropiado para que su hijo creciera, la reina Elena es la hermana del rey James de Irmassol por lo que fue a él a quien le encargó la vida del único heredero de su país.

–Pero los años no pasan en vano –contesta el rey Hugo–, Felipe ha crecido bastante junto con su primo y cada vez se convierte más en un hombre digno del trono. Así como nuestra preciosa princesa Diana, cada vez que les visito la veo más grande y hermosa, igual que su madre –agrega.

Mientras le da un beso a mi mano, el rey Hugo logra sonrojarme gracias a sus palabras, éste hombre es un experto en desaparecer los silencios incómodos, además de que su acento Leydiano siempre endulza todo.

–Hace poco el Rey y yo viajamos a Irmassol y tuve tiempo de saludar al príncipe Louis y al príncipe Felipe, ambos lucen impecables, los dos irradian belleza y seguridad. ¡Me atrevo incluso a asegurar que están listos para el trono! –suelta madre seguido de un par de risas.

La reina Elena sonríe y asiente. Luego ambas se ponen a comentar sobre los vestidos de las demás damas.

El príncipe Louis de Irmassol, casi me olvido de él; diecisiete años, guapo, rico y heredero al trono del segundo país más poderoso de Galea. Las malas lenguas del castillo ya me han comentado que su belleza compite a un cien por ciento con la de su primo, el príncipe Felipe.

Nunca he tenido la oportunidad de viajar a Irmassol y menos a Leyda, por ende, nunca he visto a los príncipes, pero me he sabido guiar bien por lo que la gente comenta de ellos; inteligentes, intuitivos, excelentes oponentes de batalla y sobretodo: mejores amigos.

–La noto callada, princesa Diana –me comenta el rey Hugo en voz baja.

Saltó un poco y le sonrió, no me había dado cuenta que llevo toda la noche en mis pensamientos.

–Me pregunto dónde estará mi padre –respondo cautelosamente. Sería de muy mala fama que los invitados escucharan que ni su propia hija sabe el paradero del Rey.

El Rey Hugo juguetea con su barba y regresa a la conversación.

–Tal vez está arreglando todo para la firma.

–¿Será nuevamente a puerta cerrada? –pregunto algo decepcionada.

Hace tres años la firma había sido en un salón donde sólo se permitía el paso a los reyes, cosa que me parecía increíblemente ofensiva. Nadie quería estar en esa reunión más que yo, y padre me había prometido hacer todo lo posible por conseguir mi entrada éste año.

–Diana, la firma del tratado es algo muy delicado, más con todos los problemas que hemos tenido últimamente con el reino de Aliana. Si los reyes te ven dentro, empezaran a quejarse sobre el porqué sus herederos no se encuentran también allí.

–Pero es diferente, yo vivo aquí, además seré yo la que un día esté a cargo de todo esto, yo soy la heredera de Frecia, sino aprendo desde ahora no seré nunca tan buena como mi padre –debato.

-Y sabes perfectamente que yo estoy de acuerdo contigo y con tu padre, pero princesa...

El rey Hugo se detiene en seco y una pulsada en el estómago me hace entender que sé lo que va a decir.

-Pero no soy hombre -termino su respuesta.

No es la primera vez que los reyes de Galea logran hacerme a un lado por el simple hecho de ser mujer, el asunto de que la primogénita del rey Maximiliano sea eso; una dama, los hace retorcerse de enojo.

Nunca se han atrevido a cuestionar el factor de que un día seré la absoluta reina de Frecia por nacimiento y no por matrimonio, pero tampoco se han atrevido a secundar la idea, a excepción del rey Franco, el gobernante de Aliana; ese hombre me detesta con cada latido de su corazón.

-No nos quita la mirada de encima -masculla entre dientes la reina Elena. Está viendo disimuladamente sobre el hombro de su esposo-. Desearía que no fuera obligatoria su presencia aquí -agrega y regresa la mirada a nosotros.

El rey Hugo, madre y yo volteamos discretamente hacia la dirección en que apuntaba.

En una de las mesas al fondo está sentado el rey Franco de Aliana, rodeado de guardias y sin su esposa. Estoy casi segura que no la trajo a Frecia, las malas lenguas del castillo me han contado que su matrimonio está cada vez peor y que ya ni siquiera duermen en la misma cama. Entiendo a la pobre mujer, debe ser horrible vivir con un hombre como él.

Quitamos la vista rápidamente y el rey Hugo toma la palabra:

-No es una obligación, querida, es una necesidad. No podemos darle más excusas para incrementar su recelo.

-En realidad me sorprende su presencia, el Rey y yo pensamos que no vendría -susurra madre.

-¿Crees que se arriesgaría a quedarse sin la protección de los reinos? -pregunta la reina Elena.

Entonces recuerdo otra vez el punto número seis del tratado: Si algún Rey decide desistir y no firmar, éste reino no contará más con el apoyo de ningún otro.

-El rey Franco confía ciegamente en que otra guerra viene en camino, sabe que su país no es lo suficientemente fuerte para defenderse por sí sólo. Además, Stefan sólo tiene veinte años -explica el rey Hugo.

Stefan Deloré, heredero al trono de Aliana, curiosamente a él sí lo conozco, su país no está tan lejos del mío y he podido viajar a él un par de veces. Es un chico con carácter muy fuerte, mas es todo lo contrario a su padre, es amable y dulce. Por mucho tiempo pensé que él sería el príncipe con el que algún día me casaría, unir fuerzas con Aliana nunca ha sido mala idea, su reino es rico en muchos minerales que Frecia no posee.

Sin embargo, su padre me odia y no soportaría que su hijo se casara con una heredera que tiene mucho más poder que él, y menos, que sea yo la nueva Reina de sus tierras.

Cuando decido voltear a verlo de nuevo, ya es muy tarde, ya no está en su mesa, trato de buscarlo por el salón con la mirada, pero me es imposible encontrarlo.

Siento una mano grande y fría posarse en mi hombro descubierto –algo dentro de mí comienza a decirme que ese vestido no fue mi mejor elección–, la mano empieza a bajar hacia mi espalda y noto cómo una sombra se coloca a mi lado.

–Estupenda velada, ¿no lo cree, princesa Diana? –saluda el rey Franco.

Viro mi cara hacia él, pero me quedo congelada, a pesar de mis intentos, mi voz no encuentra una salida, éste hombre me aterra tanto que hace temblar todo mi cuerpo. Me conformo con asentir y mostrar una tímida sonrisa de labios.

Siempre que lo veo recuerdo una conversación que le escuché tener hace un par de años con el rey de Palenea, pero el momento que más se incrustó en mi cabeza fue cuando dijo: *"Una mujer gobernando Frecia y teniendo tanto poder sobre Galea, será la mayor desgracia de todas. La princesa Diana es una pequeña bombita que cuando hacienda al trono, explotará y destruirá todo a su paso"*.

Las palabras se revuelven en mi cabeza y las ganas de pegarle un puñetazo vienen a mí, mas al memorar que me saca casi dos cabezas de alto, vuelvo a calmarme.

*Algún día, Diana, algún día*, medito en mis adentros.

–¡Rey Hugo! –exclama el rey Franco mientras estrecha la mano del rey de Leyda–. Que agradable sorpresa verlo aquí, me enteré que hubieron más de dos ataques en estos últimos meses, por lo que supuse que no dejaría su castillo en un buen rato–. Sin darle oportunidad de contestar, voltea hacia la reina Elena y le da un beso a su mano–. Reina Elena, luce usted más bella cada día, en Aliana tenemos un dicho para las mujeres como usted: *fortuna de las tres viajeras*.

Frase típica de un patán Alianés, hacer referencia a la belleza de una mujer, usando como referencia a nuestras tres Diosas es peor que darle una bofetada a alguien. Es más que obvio que sólo busca burlarse de ellos, Aliana siempre ha considerado que su reino es mucho más poderoso que el de Leyda.

–Rey Franco, su presencia nos tiene encantados, por un segundo pensé que no contaríamos con su asistencia –confiesa madre.

–¿No pensaría que me perdería uno de los días más importantes para la unión Galea, Reina Isabel? –pregunta y se responde a sí mismo cuando nota la duda en la cara de mi madre–. Por supuesto que no me lo perdería. Hoy es un gran día para el Reino Aliano, por éste motivo me sería de mucha ayuda si puede decirme dónde se ha metido el rey Maximiliano.

–Estoy justo detrás de usted, rey Franco –contesta mi padre, el rey Maximiliano de Frecia.

Después de una salida tan incómoda, el rey Franco se limitó a saludar a mi padre y comentarle que tendrían una conversación en otro momento

de la noche.

Llevábamos ya un rato platicando con los reyes de Elardes, padre nos había hecho a madre y a mí darle otra vuelta al salón. Ni mis zapatillas ni yo estábamos de acuerdo, pero siempre me limito a cumplir las órdenes de mi padre, le tengo más respeto que a nadie.

–Bien, es momento de subir al escenario –se disculpa padre con los reyes y los tres nos vamos hacia donde los músicos.

Padre nos pide quedarnos aquí, pero antes de poderle responder mi madre lo jala a unos metros de mí y comienza a decirle algo en el oído, trato de escuchar, pero el rey Hugo llega cerca mío y me lo impide.

–Dime, princesa Diana, ¿está emocionada? –me pregunta, mas sigue viendo hacia el escenario.

–¿Emocionada? ¿Por qué debería sentir emoción, rey Hugo?

–Tengo entendido que hace un par de semanas cumplió los diecisiete años, es una edad muy importante para un heredero.

A la mayoría de los futuros reyes y reinas comienzan a capacitarlos desde muy chicos, sin embargo, la verdadera aventura de convertirse en gobernante empieza hasta los diecisiete, cuando ya te permiten inmiscuirte más en los asuntos del pueblo.

Lo que la mayoría de gente desconoce es que mi padre comenzó conmigo desde los diez, yo no soy cualquier heredera, a mí no me enseñan a ser una gran esposa y segunda al mando de un país, no, a mí me capacitan para ser la Reina y primera al mando del reino más fuerte de Galea. Conocía las normas y leyes como a la palma de mi mano, y había tenido un entrenador en defensa personal desde que tuve la fuerza suficiente para sostener la espada.

–¡Claro! ¡Muy emocionada! –bufoneo.

Estoy segura que el rey Hugo no se ha tragado mi respuesta ni por un segundo. Mi intención no ha sido ser grosera, y menos con él, pero mi concentración está en saber qué le dijo madre a padre y por qué no me permitió escucharlo.

La Reina regresa a mí lado y vuelve a tomarme del brazo, me despido con una corta reverencia del rey Hugo y caminamos más hacia el frente.

Estamos delante de todos y veo a padre callar a los músicos, supongo que es la hora de agradecer a todos su presencia como familia e invitar a los reyes al salón de juntas para la firma del tratado.

Padre me había comentado que éste año pediría que el tratado durara como mínimo cinco años, empezaba a ser cansado firmar y discutir los arreglos cada tres.

–¡Amigos míos! Me es de lo más grato saludarlos ésta noche, sean más que bienvenidos y espero la velada esté siendo de su agrado –saluda el rey con una copa en la mano, entonces todos los meseros comienzan a entregarnos una-. Con sumo placer anuncio la renovación de nuestro querido tratado que establece la unión, la paz y la fuerza entre países. Galea es nuestro hogar y fue hace ya más de veinte años que la guerra dio fin...

–Tan querido tratado que establece la unión. La paz. Y la fuerza entre países –interrumpe el rey Franco y comienza a abrirse paso entre los

invitados, cuando logra llegar casi a la misma altura que padre, vuelve a hablar-. No sé cuántas mentiras hay en esa frase tan corta, mi querido rey Maximiliano.

Los guardias de Frecia dan un paso al frente pero mi padre los detiene con un simple gesto de manos, voltea hacia el rey Franco y baja del escenario.

-Por favor no me interrumpa, rey Franco, hay mejores lugares donde tener ésta conversación.

*¿Ésta conversación?* No sé por qué padre suena como si ya supiera lo que quiere el rey Franco.

El rey Franco mira a mi padre y una sonrisa burlona se aproxima en su cara.

-Esto a lo que nosotros conocemos como "tratado", no es más que una simple farsa entre países a los que consideramos "amigos".

-Franco -repite padre.

Doy un paso lejos de madre y trato de localizar a Sebastian entre la muchedumbre, pero no lo encuentro.

-Seré muy breve, ya no creo en las promesas que Maximiliano nos dice, ya no creo que Frecia sea capaz de continuar con la paz y la fuerza de Galea. -Visualizo a la gente y todos tienen los ojos como plato y están conteniendo la respiración, nadie puede creer tal falta de respeto ante mi padre-. Por eso hoy digo NO AL TRATADO Y NO A FRECIA -le grita directamente al rey Maximiliano-. Ésta noche Aliana se retira de su unión, ésta noche nos liberamos, volvemos a ver la claridad. Ésta noche le declaramos la guerra directa a Frecia y a cualquier otro país que no desista de éste juego de niños.

El salón sigue paralizado y nadie puede creer las palabras del rey Franco, todos se mantienen estáticos esperando la contestación del rey de Frecia, mas pocos sabemos lo que va a pasar.

-Ya conoces la salida, Franco. Es una pena no contar con más Aliana -responde padre, seguro de su decisión.

Escucho algunos quejidos y veo varias muecas, sé que la mayoría de los presentes esperaban una confrontación más fuerte por parte del casi rey de Galea. Yo por otra parte, me siento más que satisfecha con la respuesta de mi padre.

El rey Franco suelta una carcajada y sus hombres toman la empuñadura de su espada. Todos vuelven a contener el aliento.

-Esa debilidad tuya, esa necesidad de cerrar las puertas a la pelea, todos estos pequeños detalles son los que van a llevar ésta unión a su fin.

-Hace una seña parecida a la que hizo padre y sus hombres regresan a una posición más pacífica-. No vengas llorando cuando suceda, Maximiliano, porque sucederá. Te lo aseguro.

Las miradas regresan a mi padre.

-Buenas noches, Franco -se despide y se mueve para permitirle al rey de Aliana pasar.

Sé que todos esperaban más, mínimo una amenaza, y probablemente debió darla, pero padre no es así, él es la persona más sabia que conozco, siempre prefiere pensar antes de actuar, y si ha decidido que ésta era la

mejor manera de contestar ante el rey Franco, yo lo apoyo. Yo estoy con él hoy y siempre.

El rey Franco les hace otra seña a sus hombres y comienzan a retirarse, luego se dirige una última vez al rey de Frecia.

-No olvides que traté de hacer esto de la mejor manera posible -le recuerda a padre al pasar junto a él en voz baja pero lo suficientemente fuerte para que yo lo escuche.

Se coloca entre mi madre y yo a causa del espacio que dejé hace un momento y le dedica una reverencia a la Reina.

-Mi objetivo... eres tú -me susurra sin que nadie se dé cuenta que me dirige unas últimas palabras antes de marcharse.

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo, su horrible bigote pelirrojo alcanzó a rozar mi oreja y su aliento apestaba terriblemente a alcohol. Su amenaza me paraliza tanto que cuando logro reaccionar, el rey Franco ya está saliendo junto a sus guardias, llevándose con él la promesa de destruirme a mí y a mi país.

## Capítulo 2

La fiesta parece estar mejorando después de un rato, las amenazas del rey Franco casi logran destruir el buen ambiente, pero por suerte todos ya conocemos bien su temperamento.

Era un lunático, sin embargo, es uno bastante poderoso, y todos sabemos que el poder en manos de alguien como él tarde que temprano termina mal. Encuentro el pasillo que me llevará escaleras arriba, tomar algo de aire me ayudará a soportar toda la tensión que llevo ésta noche.

Llego a la terraza e inhalo una bocanada del fresco viento que hace a mi cabello despeinarse, siento algo de frío por lo escotado de mi vestido, mas lo ignoro, la vista es tan sensacional que no pienso ir a ningún lado.

El rostro de Maggi se me viene a la cabeza y recuerdo que no la he visto desde que dejé mi habitación antes de que la fiesta diera inicio. Margaret es mi mejor y única dama, nunca me he sentido cómoda rodeada de tanta gente, no es lo mío, pero como princesa y heredera al trono por supuesto que necesito ayuda para muchas cosas, Maggi es como una hermana para mí, mi mejor amiga y fiel compañera.

Ella me ayuda a vestirme, peinarme, maquillarme y comportarme como la señorita que debo ser. Además de mis padres, ella y Sebastian lo son todo para mí.

Escucho una copa romperse e imagino que debe ser alguna otra señora lo bastante ebria como para estarlas rompiendo, me pregunto si la junta ya habrá terminado, me pregunto si a excepción del rey Franco todos los países aún habrán aceptado firmar.

He estudiado toda mi vida hacer de mi Nación, y Galea no resistiría otra guerra, mi gente no resistiría más dolor.

Los aplausos provenientes del gran salón me regresan al presente y me confirman que todo sigue bien allá abajo, aun así, decido que ya es momento de bajar, la noche se pone cada vez más fría, y sé que madre se volvería loca si me encuentra enferma por la mañana.

Atravieso mis pasadizos favoritos y no puedo dejar de pensar en la estúpida firma, empezó hace ya más de veinte minutos apenas llegaron los reyes de Irmasol, el rey James y la reina Anne. Apenas los vi sentí que mi corazón volvió a latir, aún estaba muy afligida por la amenaza del rey Franco; entre ratos todavía escuchaba sus palabras retumbar en mi cabeza, además la sola idea de imaginarlo en su camino de vuelta a Aliana pensando en mil maneras de vengarse de mi país me daba ganas de

vomitara.

Por mi mente pasó la idea de ir y contárselo a padre, pero estoy segura que es esto exactamente lo que piensa de mí el rey Franco, que soy una niña pequeña y débil que no puede arreglar las cosas sin su papi. Definitivamente no se lo diré, reafirmo. Muy pronto yo reinaré y tendré que hacerme cargo de mis propios problemas.

Sigo dando vueltas por todo el castillo, he decidido aún no regresar a la fiesta, cuando la gente viene a Frecia por fiestas como ésta, suele querer impresionarme y adularme todo el tiempo, yo detesto los cumplidos falsos, en realidad detesto todo lo que es falso, sobre todo las mentiras.

El esponjado de mi vestido me impide pasar por algunos de mis escondites favoritos, por lo que no me queda de otra que caminar en el pasillo principal, agrego mentalmente otro punto a la lista del porqué éste vestido no fue la mejor elección de Maggi, mas le otorgo un cumplido pues gracias a que se trata de un verde opaco, he podido pasar desapercibida.

Ya es tarde y mi vela comienza a darme señales que está a punto de apagarse, la cocina está a unos metros de mí, decido entrar para encontrar una nueva, pero la cocinera Rudy me encuentra primero.

–¿Qué estás haciendo aquí, querida? Hay una gran fiesta allá arriba –pregunta.

–Sabes que no me gustan las grandes fiestas –respondo y hallo descanso en una silla–. Además, los reyes se fueron hace ya un rato a la reunión.

La cocinera Rudy no tiene un par de dientes, siempre carga su ropa hecha un desastre y ni hablar de su pelirrojo cabello. Pero aún con todo eso, hay algo en mí que siente envidia de ella; ella es libre, al menos más que yo.

–Una reunión hmm y supongo que tú querías estar en ésta gran junta, ¿no?

Le lanzo una mirada que responde su pregunta.

¡Por supuesto que quiero estar allí! Soy Diana Lanusse, la futura reina de Frecia, tengo todo el derecho de estar presente en la firma del tratado.

–Bueno, las malas lenguas me dijeron que ésta importante junta terminó hace ya diez minutos. –La volteo a ver de ipso facto–. Si dejaras de andar rondando en el castillo como un fantasma, te habrías dado cuenta. –Rudy logra sonrojarme–. Éstas malas lenguas también me dijeron que el Rey se

quedó solo en su despacho.

Abro los ojos como plato y vuelvo a tomar mi cacho de vela.

-¡Gracias, Rudy!

Le lanzo un beso y salgo de ahí lo más rápido que puedo. Si el Rey seguía solo tal vez podría convencerlo de enseñarme el tratado antes de enviarlo a la torre, además también tengo mucha curiosidad en saber la reacción de los reyes ante lo sucedido con Aliana.

Llego hasta las puertas del despacho del Rey, pero antes de poder acercarme sus guardias me detienen, les hago una mueca y por fin encuentro dónde ha estado toda la noche Sebastian.

Pongo los ojos en blanco cuando siguen sin dejarme pasar, otro punto en contra de ser una princesa; puedo ser la mismísima heredera al trono de Frecia, pero no puedo entrar a ninguna habitación de mi padre sin su permiso.

-Mi padre me espera dentro -miento.

-Princesa Diana, sabe bien que, sin autorización del Rey, nadie entra -responde Sebastian. El mejor guardia de padre y mi mejor amigo.

-Sebastian, sabes bien que yo nunca soy una molestia para el Rey -aseguro y él suelta una risilla.

Éste chico es como un hermano mayor para mí, a veces ser hija única puede volverse tedioso y muy solitario, en la mayoría de los casos los reyes y reinas sólo tienen un hijo -siempre hemos pensado que es por causa de las tres Diosas-, por lo que desde chica me las tuve que ingeniar para molestar lo menos posible a mis padres.

Pero gracias a Maggi y a Sebastian nunca me he sentido sola. Sé que ellos darían la vida por mí, aunque la pregunta de: ¿qué daría yo por ellos? atormentaba mi cabeza constantemente.

Sebastian le hace una seña al guardia que tiene alado, creo que su nombre Cristian, pero si no me equivoco no lleva ni dos semanas trabajando para nosotros.

El guardia posiblemente llamado Cristian abre la puerta y se mueve para dejar a Sebastian asomarse dentro.

-Su majestad, la princesa Dia... -se detiene en seco.

Siento un golpe en el estómago y ni siquiera sé el porqué. Camino instintivamente hasta la altura de Sebastian, pero me detiene cuando estoy a unos centímetros de él.

–Diana... quédate aquí –pide.

Sebastian siempre ha sabido que para mí no es un trabajador, es alguien muy importante en mi vida, sin embargo, puedo contar las veces en que me llama por mi nombre frente a otras personas, es muy cuidadoso de no pasar los límites, al final del día yo sigo siendo la heredera al trono y él un guardia.

Apenas lo escucho pronunciar mi nombre se me retuerce el estómago y el corazón me empieza a latir más fuerte que nunca, definitivamente su expresión perjudica mi calma.

Decido obedecer y mantenerme aquí, pero no puedo evitar pensar que esos ojos azules nunca me pueden ocultar la verdad, y ahora sólo reflejan miedo y preocupación.

Sebastian le hace otra seña a Cristian –confiaré en mi memoria–, y él entra con sumo cuidado a la habitación del Rey. Sebastian se vira hacia un tercer guardia y le pide ir a buscar a la Reina.

¿Para qué necesita a mi madre? y ¿Qué pasa dentro de la habitación de padre que no me permite entrar?

El nervio me gana y le pongo fin a éste incómodo silencio.

–¿Qué está pasando, Sebastian?

–Su majestad, necesito que guarde la calma, todo está bien –indica. Pero no le creo nada.

Pongo los ojos en blanco y comienzo a pensar en una forma de esquivar su brazo para poder entrar.

–¿Madre tú sabes lo que está pasando? –grito en dirección al pasillo, pero en realidad no viene nadie.

Sebastian voltea y baja la guardia, aprovecho el momento y de un empujón logro entrar a la habitación. Él entra al instante por detrás mío, pero ya es tarde, aquello que intentaba ocultarme ya está frente a mis ojos.

Veo a mi padre tumbado en su escritorio.

Corro hacia él sin pensarlo y me detengo al llegar a su lado, quito a Cristian –que intentaba averiguar si padre estaba dormido o borracho– y llevo mi boca hasta su oreja.

–¿Padre? –lo llamo y muevo un poco su hombro–. ¿Padre?

–Princesa –pronuncia Sebastian con un tono como si él ya supiera la respuesta.

Me niego a dejar que mi pensamiento nuble mi esperanza y sigo.

–Padre soy yo, soy Diana.

Siento cómo mi respiración comienza a agitarse y tiro de su hombro sin lograr medir mi fuerza, el Rey cae al suelo con los ojos abiertos y la boca reseca.

Un grito ahogado sale de mí.

Sí. Está muerto.

No logro asimilar la escena que miran mis ojos y mi cabeza comienza a jugarme una mala broma, en un segundo todo desaparece y sólo veo a mi padre y a mí hace varios años practicando con las espadas en el patio trasero.

–Regla número uno –anunció mi padre después de chocar su espada contra la mía. Yo tenía diez u once años, recuerdo perfectamente ese día. Cálido, pero no caluroso, había muchísimo viento y el sol brillaba divino.  
–Nunca permitas que la esperanza noble tu juicio.

–¿Por qué? –pregunté. Di un giro y logré darle un golpe en la protección del pecho.

–Diana –soltó el arma, yo hice lo mismo. Padre se arrodilló junto a mí y me tomó de los brazos, su cara reflejaba tristeza. –Eres una princesa, cariño, la heredera al país más fuerte de Galea.

–Lo sé –susurré.

–Como gobernante, muchas veces tendrás que hacer cosas que no te gustarán, cosas no tan buenas. –Bajé la mirada.

Sabía de lo que hablaba padre en aquel momento. Países temiendo la guerra, sangre, traición y sed de venganza. Tenía diez años, pero eso no me impedía ver al mundo a cómo realmente era.

-Lo sé -repetí y volví a mirarlo.

-Sin embargo, también abran muchas veces en las que harás cosas buenas, muy muy buenas y ayudarás a mucha gente. -Sonreí-. Es por eso que algunas veces tienes que pensar con la cabeza, Diana, y no con el corazón. Es tu deber. Es tu deber como heredera al trono.

-¿Princesa?

La voz de Sebastian termina con mi recuerdo y de un segundo al otro todo lo que ven mis ojos es a mi padre aún tirado en el suelo.

-Padre... -suplico.

Me tiro al piso junto a él y tomo su cara. Todavía espero estar equivocada.

Su cara se mueve un poco dejándome así ver una marca en su cuello que nunca antes había visto: es una especie de escudo dibujado entre dos animales que estoy segura son lobos, uno a cada lado. Parece el símbolo de alguna nación, de algún país, pero no puedo reconocer de cuál. ¿Será alguna clase de marca que alguien habrá hecho? ¿O será algo que todos los reyes tienen? Lo único de lo que me siento segura es que es reciente.

Apenas grabo la marca en mi mente trato de mantener silencio, Sebastian ya está levantándose e intentando sacarme de la habitación, en sus ojos veo que él piensa lo mismo que yo: hay una copa tirada, padre tiene la boca reseca y los papeles sobre el escritorio están revueltos, están hechos un desastre...

El Rey ha sido asesinado.